

TRADUÇÃO PARA O PORTUGUÊS DO CONTO *LA GUAGUA*

Viviana Rodriguez¹

ISCAP – P.Porto

1. Nota introdutória

Alexis Díaz Pimienta, autor do conto “La guagua” que nos propomos traduzir do espanhol cubano para o português europeu, é um escritor prolífico e multipremiado nascido em Havana, Cuba, em 1966. A sua obra foi traduzida em várias línguas em antologias e revistas.² “La guagua” narra desde o ponto de vista de um passageiro a experiência de viajar num autocarro cheio na cidade de Havana e, entre outros temas, representa uma alegoria da situação cubana atual (De Ferrari, 2017).

2. Conto original: *La Guagua*

Calle Monte, llegando a Belascoaín. Sudo en el calor de una 15 que se detiene en el semáforo. Ventanillas cerradas porque afuera llovizna. Sudo por los demás, y ellos por mí. Quizás un solo cuerpo provoca esta asfixia, quizás si hubiera un cuerpo menos dentro de este rectángulo enlatado el aire alcanzaría para refrescarnos. Esa cuota de aire que consume el anónimo pasajero número X, sería suficiente para no respirar el grajo ajeno ni el dióxido carbónico de otros, pero acaso sea yo el que sobra, pienso, y me trago el deseo de culpar a alguien que a su vez piensa que pudiera ser él y se traga el deseo de culparme a mí.

¹ ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4932-077X>; Email: viv.garcia.r@gmail.com

² Informação retirada de: <https://www.diazpimienta.com/biografia/>

Estoy casi en la puerta, detrás de una muchacha que me roza, un blando nalgatorio que amenaza mi estabilidad sobre el pie izquierdo; me balanceo cuerdaflóticamente, evitando rozarla y que me rocen, porque no puedo voltearme a ver qué tengo atrás, una rodilla, un codo, un portafolios. Comprimido y ahogándome. Hundido aquí el Grenoille de Süiskind se hubiera asfixiado. Y de pronto, un tufillo de comida de ayer, un tufillo sin dueño y silencioso, el colmo, la apoteosis. Hay rabillos de ojos sospechando de todos. Forcejeo enconado por el aire. Vuelvo a culpar a alguien que a su vez culpa a otro que a su vez me culpa. Una nariz golpea a otra. Surgen los primeros codazos, los empujones ex profesos. Ya no es el balanceo de la guagua si no el empuja-empuja. El chofer tiene un ventilador pequeño. El chofer tiene su ventanilla abierta. El chofer no mira para atrás ni siente peste. El chofer ve mucha gente en Monte y Águila y no para; abre las puertas más allá, pero el tufillo es el único que se apea; los demás aprovechan para «cargarse» de aire, pero no descienden. El chofer cierra la puerta y va a arrancar de nuevo, pero oye un silbido. Claro, como el chofer no está asfixiándose puede oír un silbido; incluso puede identificar al que ha silbado con la lengua doblada entre los dientes, con la mano gritando, ¡espérame, mi socio, dame un chance! El chofer, frente al ventilador de aspas pequeñas, abre la puerta delantera y el silbador se monta. Como está sofocado expira fuerte y el aire cálido choca en nuestras narices. El chofer, con la ventana abierta —la lluvia sabe que es el chofer, por ahí no entra—, dice que si no cierra la puerta ahí nos quedamos. Vuelven a empujar y rozo... bueno, rozo no: aprieto, comprimo, siento las nalgas de la muchacha que tengo delante (¿o será la muchacha quien aprieta, comprime, siente el cuerpo del hombre que tiene detrás?). Es una cadena de empujones. Como el famoso juego de los bolos: tocas a uno y todos se desploman. Desde la última puerta alguien grita, ¡no empujen, no empujen!, y el silbador responde desde la primera, pero caminen, ¿no? Recuerdo que nos comprimimos. Recuerdo que nos apretamos unos sobre otros. Recuerdo que el chofer, al fin, cerró la puerta. No había espacio para sacar pañuelos, para agitar periódicos, para estirar los labios y soplarnos mutuamente. Afuera había escampado, ¿pero en qué

espacio levantar una mano, llevarla hasta la ventanilla de cristal y abrirla? No había espacio más que para mirarse. Las narices al hincharse chocaban y, lógicamente, al chocar se golpeaban, se mordían, ¡este átomo es mío, es mío, es mío!, y aspiraba cada una con idéntica fuerza, de modo que el átomo de oxígeno se quedaba en el medio. Ya los «sentados» tenían otros sentados en las piernas, y el neutral vacío interasientos, ese huequito entre las rodillas de unos y el espaldar de otros, ya había sido ocupado. Las mujeres ni pensaban en aprovechamientos o rescabucheos pese al contacto directo y forzoso con los hombres, que tenían, como ellas, todas sus partes insensibilizadas. En esta inmovilidad absoluta — seguramente mortal para un claustrofobo— sentí fatiga, escalofríos, ganas de caerme, pero me mantenían en pie los otros cuerpos. El aire estaba en proceso de extinción. Los cuellos, flácidos, comenzaron ladeándose y luego cayeron las cabezas unas sobre otras, como una gran multitud de borrachos.

Desfallecidos e inmóviles todos supimos a la vez que aquello era una trampa. Todos supimos —instinto de conservación, gravitación del miedo, telepatía del espanto— que en la próxima parada el chofer intentaría abrir las puertas en vano: no habría espacio para que estas se abrieran. En una guagua llena la clave es el empuje: cuando la puerta presiona hacia dentro para abrirse, el más próximo a ella empuja al inmediato, se activa la cadena empujadora y, al final, queda un mínimo espacio para la puerta abierta. Pero en una guagua saturada la presión de la puerta se anula, el pasajero inmediato está anulado y los demás también. Recuerdo que el chofer, frente al ventilador pequeño, ni se dio cuenta. Todos comprobamos que aquello era una trampa. Enmudecidos de terror y asfixia vimos llegar otras paradas. Las puertas gemían intentando abrirse, las puertas lloraban de impotencia. Al chofer le extrañó que nadie las golpeará, que nadie gritara ¡abre atrás, abre atrás! y que no lo ofendieran. Al llegar a la última parada intentó, inútilmente, abrirlas. Sólo entonces miró a su alrededor. Parecíamos maniqués con la boca abierta. Junto a él vio a dos hombres, frente a frente, sobreviviendo uno del aliento del otro. El chofer sintió que le faltaba el aire.

Enloquecido rompió la ventanilla y saltó a tierra. Corrió pidiendo auxilio. Vino gente, demasiada gente. La policía, los bomberos. No sabían qué hacer. Sólo veían una guagua atiborrada de gente, caras aplastadas contra los cristales, ojos abiertísimos, bocas abiertísimas. Empezaron a tironear las puertas intentando arrancarlas. Inútil. Era espantoso el cuadro. Correteo de patrullas y ambulancias. Los bomberos trajeron cizayas de mano y varios oxicortes. ¡Hay que cortar la guagua, hay que cortarla! Balones de oxígeno y de acetileno; mangueras y relojes contadores; llamas azules cercenando el metal. Discutían: hay que tener cuidado de no quemarlos; hay que cortar por esta franja. Hubo un previo cordón policial: ¡para atrás, para atrás todo el mundo! Coro de comentarios, miedo. Seguía llegando gente, crecía el murmullo, la expectación, hasta que el último bombero dio el último corte. La guagua se abrió en dos, se partió al medio. La reacción físico-lógica hubiera sido que ambas partes de la guagua cayeran contra el suelo y que el personal rodara hacia el vacío. Pero no. La guagua quedó rota, con una cicatriz oscura, pero sobre sus ruedas.

Se movilizaron todos: policías, bomberos, civiles, unos por el frente y otros por detrás., y cada grupo comenzó a halar la guagua. Cada parte de ella rodaría, se separaría de la otra y nosotros caeríamos en el medio. Pero ocurrió algo insólito. La guagua se abría, cada parte de ella rodaba, se separaba de la otra, pero la masa de personas seguía compacta. La guagua había moldeado al grupo, que ahora formaba un rectángulo de caras, espaldas, perfiles; un cuadro tridimensional de ojos y bocas terriblemente abiertos. Parecía la tétrica obra de un artista, tallada en mármol o hielo.

Algunos, los de la periferia, se veían casi íntegros. Otros eran sólo un brazo o una oreja o el zapato derecho, como yo. Desde arriba, era una vista única de cabellos, calvicies, hombros inacabados y sombras. Desde abajo era un óleo impresionante de zapatos. Cada lado merecía la firma de Velázquez, de Rembrandt, de Picasso: qué rostros, qué contrastes de luz, qué figuras geométricas.

Desalojaron al público como frente a un incendio. Nos tiraron una enorme pollera por encima y nos llevaron, primero, al parqueo del edificio del MITTRANS*, y luego aquí, Museo Nacional de Bellas Artes, donde el público pasa de martes a domingo, de 10 de la mañana a 6 de la tarde, y algunos —casi siempre extranjeros— preguntan quién es el autor de tan magnífica obra, o se marchan pensando que es un tal Mitrán, de apellido italiano, porque confunden al autor con el donante.

*MITTRANS: Ministerio de Transporte de Cuba

3. Conto traduzido: *O Autocarro*

Rua Monte, a chegar a Belascoaín. Suo no calor de um 15 que para no semáforo. Janelas fechadas porque lá fora chuveisca. Suo pelos outros, e eles por mim. Talvez um corpo apenas provoque esta asfixia, talvez, se houvesse um corpo menos dentro deste retângulo enlatado, o ar conseguiria refrescar-nos. Essa quota de ar consumida pelo passageiro anónimo número X seria suficiente para não respirar o sovaco alheio, nem o dióxido de carbono dos outros, mas se calhar sou eu que estou a sobrar, penso, e engulo o desejo de culpar alguém que por sua vez acha que poderia ser ele e que engole o desejo de me culpar a mim. Estou quase na porta, atrás de uma jovem que me roça, um nadegueiro mole que ameaça a minha estabilidade sobre o pé esquerdo; balanço o meu corpo cordabambamente, para evitar roçar nela e ser roçado, porque não posso virar-me para ver o que tenho atrás, um joelho, um cotovelo, um portfólio. Comprimido e a afogar-me. Aqui submerso, o Grenoille de Süskind teria sufocado. E, de repente, um bafo de comida de ontem, um bafo sem dono e silencioso, o cúmulo, a apoteose. Os cantos dos olhos suspeitam de todos. Debato-me violentamente pelo ar. Volto a culpar alguém que por sua vez culpa outro que por sua vez me culpa a mim. Um nariz agride o outro. Surgem as primeiras cotoveladas, os empurrões deliberados. Já nem é o balancear do autocarro, mas sim o empurra-empurra. O motorista tem uma ventoinha pequena. O motorista tem a sua janela aberta. O motorista não

olha para trás nem sente mau cheiro. O motorista vê muita gente em Monte e Águila e não para; abre as portas mais adiante, mas o bafo é o único que sai; os restantes aproveitam para «carregar-se» de ar, mas não saem. O motorista fecha a porta e está prestes a arrancar de novo, mas ouve um assobio. Claro, como o condutor não está a sufocar consegue ouvir um assobio; até consegue identificar a pessoa que assobiou com a língua dobrada entre os dentes, a gritar com a mão, espera por mim, amigo, deixa-me entrar! O condutor, sentado diante da ventoinha de pás pequenas, abre a porta dianteira e o assobiador entra. Como está a sufocar, expira fortemente e o ar quente embate nos nossos narizes. O condutor, com a janela aberta - a chuva sabe que ele é o condutor, por aí não entra - diz que, se não fechar a porta, não avançamos. Voltam a empurrar e roço nos outros... na verdade, não roço: aperto, comprimo, sinto as nádegas da jovem à minha frente (ou será a jovem quem aperta, comprime, sente o corpo do homem que tem atrás?). É uma corrente de empurrões. Como no famoso jogo de bowling: acertas num e os restantes desabam. Da última porta, alguém grita: não empurrem, não empurrem! E o assobiador responde da primeira, “andem para a frente, não?”. Lembro-me de nos espremermos. Lembro-me de nos apertarmos uns sobre os outros. Lembro-me de que o condutor, finalmente, fechou a porta. Não havia espaço para tirar lenços, para agitar jornais, para esticar os lábios e soprarmo-nos uns aos outros. Lá fora tinha parado de chover. Mas em que espaço poderíamos levantar uma mão, levá-la até à janela de vidro e abri-la? Só havia espaço para nos vermos uns aos outros. Os narizes, ao inchar, embatiam e, logicamente, ao embater, golpeavam-se, mordiam-se, este átomo é meu, é meu, é meu!. E cada um aspirava com uma força idêntica, de modo que o átomo de oxigénio permanecia no meio. Os «sentados» já tinham outros sentados nas pernas, e o vazio neutro interassentos, esse buraquinho entre os joelhos de uns e as costas de outros, já fora ocupado. As mulheres nem pensavam nos aproveitamentos ou nos olhares porcos provocados pelo contacto direto e forçado com os homens, que tinham, tal como elas, todas as suas partes insensibilizadas. Nesta imobilidade absoluta - mortal de certeza para um claustrofóbico - senti fadiga,

calafrios, vontade de cair, mas os outros corpos mantinham-me de pé. O ar estava em processo de extinção. Os pescoços, flácidos, começaram a afastar-se e as cabeças logo caíram umas sobre as outras, como uma grande multidão de bêbedos.

Desfalecidos e imóveis todos soubemos ao mesmo tempo que aquilo era uma armadilha. Todos soubemos - instinto de conservação, gravitação do medo, telepatia do espanto - que na próxima paragem o condutor tentaria, em vão, abrir as portas: não haveria espaço para que estas abrissem. Num autocarro cheio a chave é o empurrão: quando a porta faz pressão em direção ao interior para se abrir, o mais próximo da mesma empurra o que está imediatamente ao lado, ativa-se a cadeira de empurrões e, no fim, resta um espaço mínimo para a porta aberta. Mas num autocarro saturado a pressão da porta anula-se, o passageiro imediatamente ao lado fica anulado e os outros também. Lembro-me de que o condutor, diante da pequena ventoinha, nem reparou. Todos pudemos confirmar que aquilo era uma armadilha. Mudos de terror e asfixia vimos chegar as outras paragens. As portas gemiam ao tentar abrir-se, as portas choravam de impotência. O condutor estranhou que ninguém batesse nelas, que ninguém gritasse “*abre atrás, abre atrás!*” e que não o insultassem. Ao chegar à última paragem tentou abri-las, inutilmente. Somente nesse momento olhou à sua volta. Parecíamos manequins com a boca aberta. Ao seu lado viu dois homens, frente a frente, a sobreviver do alento um do outro. O condutor sentiu que lhe faltava o ar. Completamente louco, partiu a janela e saltou para o exterior. Correu para pedir ajuda. Veio gente, demasiada gente. A polícia, os bombeiros. Não sabiam o que fazer. Apenas viam um autocarro atolado de pessoas, caras esmagadas contra os vidros, olhos abertíssimos, bocas abertíssimas. Começaram a puxar as portas para as arrancar. Inútil. O quadro era surpreendente. Um vaivém de carros-patrolha e ambulâncias. Os bombeiros trouxeram cisalhas de mão e vários oxicortes. Temos de cortar o autocarro! Temos de cortá-lo! Garrafas de oxigénio e acetileno; mangueiras e temporizadores; chamas azuis a cortar o metal. Discutiam: temos de ter cuidado para não os queimar; temos de cortar por este lado. Houve

um prévio cordão policial: “Para trás, para trás toda a gente!”. Coro de comentários, medo. Continuavam a chegar pessoas, crescia o burburinho, a expectativa, até que o último bombeiro fez o último corte. O autocarro abriu-se em dois, partiu-se a meio. A reação física teria sido que ambas as partes do autocarro caíssem em direção ao chão e que as pessoas rodassem até ao vazio. Mas não. O autocarro partiu-se, com uma cicatriz escura, mas sobre as suas rodas.

Mobilizou-se toda a gente: polícias, bombeiros, civis, uns pela frente e outros por trás; e cada grupo começou a puxar o autocarro. Cada parte do autocarro rodaria, separar-se-ia da outra parte e nós cairíamos no meio. Mas algo insólito ocorreu. O autocarro abriu-se, cada parte rodou, separou-se da outra, mas a massa de pessoas permaneceu compacta. O autocarro tinha moldado o grupo, que agora formava um retângulo de caras, costas, perfis; um quadro tridimensional de olhos e bocas terrivelmente abertos. Parecia a obra tétrica de um artista, talhada em mármore ou gelo.

Alguns, os da periferia, viam-se quase na íntegra. Outros eram apenas um braço ou uma orelha ou o sapato direito, como eu. Desde cima, era uma vista única de cabelos, calvícies, ombros inacabados e sombras. Desde baixo era um óleo impressionante de sapatos. Cada lado merecia a assinatura de Velázquez, de Rembrandt, de Picasso: que rostos, que contrastes de luz, que figuras geométricas! O público foi desalojado como se de um incêndio se tratasse. Atiraram-nos um enorme lençol por cima e levaram-nos, primeiro, para o estacionamento do edifício do MITTRANS*, e depois para aqui, o Museu Nacional de Belas Artes, onde o público passa de terça a domingo, das 10 da manhã às 6 da tarde, e alguns - quase sempre estrangeiros - perguntam quem é o autor de tão magnífica obra, ou vão-se embora a pensar que é um tal Mitrán, de apelido italiano, porque confundem o autor com o doador.

*MITTRANS: Ministério dos Transportes de Cuba

Referências

De Ferrari, G. (2017). *Comunidad y Cultura en la Cuba postsoviética*. Editorial Verbum.

Díaz Pimienta. (2011). *La Guagua: un cuento “asfixiante”*

<https://www.diazpimienta.com/la-guagua-un-cuento-asfixiante/>